

Catequesis de Adultos Mayores

Temas que se piensan

y

no se hablan

Marta Elena Cánepa

¿TIENE SENTIDO SUFRIR?

Para una catequesis de adultos mayores

Queridos catequistas:

Esto es una recopilación de exhortaciones del Papa Juan Pablo II, de distintos autores, de trabajos pastorales y sobre todo de la Palabra de Dios.

Es mi deseo que encuentres en ellos más certezas sobre el valor de la vida, sobre el sentido de la esperanza cristiana y sobre la promesa de una vida plena sin final.

Reflexionemos sobre las palabras del Papa Juan Pablo II en su Carta Apostólica "Sobre el sentido del sufrimiento humano".

"Sólo el hombre cuando sufre, sabe que sufre y se pregunta "¿por qué?"; y sufre de manera humanamente aún más profunda si no encuentra una respuesta satisfactoria... otra pregunta muy afín se refiere al mal: "¿por qué el mal?. Cuando ponemos la pregunta de esta manera, hacemos también una pregunta sobre el **sufrimiento**.

...El hombre no hace esta pregunta al mundo, aunque muchas veces el sufrimiento provenga de él, sino que la hace a Dios como Creador y Señor del mundo.

Es bien sabido que por esta pregunta se llega, no sólo a múltiples frustraciones y conflictos en la relación del hombre con Dios, sino que se llega a la negación de Dios. El mal y el sufrimiento parecen ofuscar una imagen de la magnificencia de Dios, tanto más en el drama diario de tantos que sufren sin culpa, y de tantas culpas sin una adecuada pena.

Existe una convicción, que se encuentra en la conciencia moral de la humanidad: el orden moral objetivo requiere una pena por la trasgresión. El sufrimiento como castigo por el pecado halla su apoyo en el orden de la justicia, "Por lo que siempre vi, los que aran la iniquidad y siembran la desventura, la cosechan" Job 4, 8.

Sí, es verdad que el sufrimiento tiene un sentido como castigo cuando está unido a la culpa, **no es verdad**, por el contrario, que todo sufrimiento sea consecuencia de la culpa y tenga carácter de castigo.

La Palabra de Dios pone con toda claridad el problema del hombre inocente y el sufrimiento sin culpa. En la introducción del libro de Job aparece que Dios permitió la prueba por provocación de

Satanás. Si Dios consciente en probar a Job lo hace para demostrar su justicia. El sufrimiento tiene carácter de prueba. El libro de Job no es la última palabra de la revelación sobre este tema, es un anuncio de la Pasión de Cristo.

Un aspecto importantísimo del sufrimiento arraigado profundamente en el AT y en el NT sostiene que el sufrimiento debe servir para la conversión, es decir, para la reconstrucción del bien en el sujeto, que puede reconocer la misericordia divina en esta llamada a la penitencia. Esta tiene como finalidad superar el mal, consolidar el bien en uno mismo, como en la relación con los demás y sobre todo con Dios.

Pero, para poder percibir la verdadera respuesta al “por qué” del sufrimiento tenemos que volver nuestra mirada a la revelación del amor divino fuente última del sentido de todo lo existente.

Si bien el sufrimiento es un misterio y toda explicación es insuficiente e inadecuada, Cristo nos hace entrar en este misterio y descubrir el por qué, si somos capaces de comprender la sublimidad del Amor Divino: “Porque amó tanto Dios al mundo que le dio a su Hijo unigénito para que el hombre no muera, sino que tenga vida eterna”.

Esta verdad cambia radicalmente el cuadro de la historia humana y su situación terrena. La victoria sobre el pecado y la muerte, conseguida por Cristo en su Cruz y Resurrección, no suprime los sufrimientos temporales pero proyecta una nueva luz que es **la SALVACIÓN**”.

Pensemos en nuestra vida de sufrimientos, marcada por heridas del pasado. Ayudémonos con lo que dice el monje benedictino A. Grün y C. Sartorius¹

¹ Para gloria en el cielo y testimonio en la tierra. A. Grün – C. Sartorius – Verbo Divino

“Todos somos heridos en la vida, incluso por los padres, aunque estos hayan pensado siempre lo mejor. Las heridas de la niñez y de la juventud pueden influir mi pensar y sentir, hasta muy entrada la edad madura y pueden paralizar mi madurez. Muchos gastan toda la energía en mantener sus heridas cerradas para que nadie las vea. En esas personas el miedo está muy asentado. Otros no aprendieron de niños a darse cuenta de sus dolores y menos aún a manifestarlos.

Un camino estéril para soslayar las heridas consiste en idealizarlas, “es justo y natural que me vaya mal”, “es la cruz que debo llevar pacientemente”, propio del cristiano, como si tuviera por sí mismo un sentido. Jesucristo vino para regalarnos vida en abundancia y no el sufrimiento.

No podemos evitar el sufrimiento en el camino de nuestra vida; ya nos asaltará cuando sea, y entonces se notará si estoy dispuesto a tomar sobre mis hombros la cruz de mi vida. Sin embargo, “aceptar la cruz” no significa buscar artificialmente “ser una víctima”, son decir “sí” a mi vida tal cual es. Decir “sí” a cuanto se cruza en mi camino cada día, para cambiar, transformar aquello que puede cambiarse, pero también para lo que realmente no se puede cambiar, y saber distinguir una cosa de otra.

Mirar la vida cara a cara exige valor y humildad. La herida es cosa mía. Es un sitio en el que yo mismo no me puedo ayudar, en el que soy impotente cuando el dolor irrumpe y me entristece”.

Preguntémonos los adultos mayores, cómo llevamos la vida.

En lo físico aparece el dolor, y, cuando entra en la dimensión afectiva, social o espiritual es sufrimiento porque tiene que ver con nuestra historia, nuestras culpas, resentimientos, etc. El sufrimiento pasa a dolor cuando se somatiza algo emotivo o espiritual.

Si la vida me pesa, tiendo a la depresión y al suicidio.

Si vivo para los muertos, sin elaborar los duelos, pierdo el gusto por la vida y cae la autoestima.

Si improviso la vejez, y no la voy construyendo, es una manera de vivir de paso, de aguantar la vida, sin esperar nada de ella, porque creo que ya no sirvo, dependo de otros, no me adapto a los cambios, pero se me olvida todo lo que valgo por lo que soy, aunque no haga nada.

Si necesitar de otros me pone melancólico, pensar que la vida es una ida y vuelta. Las madres son dadoras y les cuesta dejarse ayudar por los hijos. Ser humildes.

Si me molesta ver cómo se agregar años a mi vida, animarse a agregar vida a los años, se cuenta con la oportunidad única de enriquecer su calidad de vida, así como la vida de los que lo rodean.

Si me parece malo envejecer, quitate esta preocupación, porque seguirás madurando, aprendiendo, amando. Tomaremos en serio ser un gentil recordatorio de lo pasajero de las cosas, y creer que es el mayor logro de la vida.

Si se sabe morir la vida, entregándola hasta morir de vejez, habrá gente que se parece a un vaso de agua que se va derramando, porque después de muerto sigue dando vida, trascendiendo su sabiduría, experiencia y en sus hijos, nietos, alumnos.

¿QUÉ CONCIENCIA TENEMOS DE QUE SOMOS UN CUERPO?

Opinan P. Anselmo Grün y el Papa Juan Pablo II

Cómo vivir la enfermedad desde la fe

El hombre no tiene un cuerpo, sino que es un cuerpo. El cuerpo es el hombre, en el sentido de que está en el mundo con una forma viva. Una toma de conciencia acerca del cuerpo tiene una fuerza transformadora. (Dürckheim).

“Un camino de la transformación del cuerpo pasa por la *enfermedad*. Nuestra alma también se manifiesta por medio de la enfermedad. No se trata de encarar la misma enfermedad o conocer sus causas psíquicas para poder cambiar. En las enfermedades, fundamentalmente, busca manifestarse un fuerte impulso que hasta ese momento estaba reprimido. A través de la enfermedad, nuestro cuerpo nos señala que hay algo en nosotros que quiere vivir y hasta entonces había sido descuidado. De este modo la enfermedad nos puede orientar hacia nuevas formas de vida. Si nos abstenemos de enfrentarnos a la enfermedad y combatirla, si tratamos de interiorizarnos de ella, podremos desde la enfermedad llegar a nuestra realidad, y podrá quedar manifiesto algo de nuestro modo de ser, de nuestra personalidad real. Desde este punto de vista, puede ser la enfermedad una oportunidad para la transformación... Nuestra enfermedad es, al mismo tiempo, nuestra gran oportunidad. Allí donde nos sentimos impotentes, donde no nos queda alternativa, allí nos ponemos en contacto con nuestro núcleo más íntimo, con nuestro verdadero ser, con la auténtica imagen que Dios ha hecho de nosotros y que en nosotros quiere tomar forma”²

² Transformación – Anselm Grün – Edit. Lumen.

“En el Antiguo Testamento, tratando al hombre como un ‘conjunto psicofísico’, une con frecuencia los sufrimientos ‘morales’ con el dolor de determinadas partes del organismo: huesos, riñones, hígado, vísceras, corazón. En efecto no se puede negar que los sufrimientos morales tienen también una parte física o somática, y que con frecuencia se reflejan en el estado general del organismo”.³

Al pensar en nuestro cuerpo debemos tener cuidado en no creer que siempre vamos a estar sanos si vivimos ordenadamente. Las enfermedades vendrán y habrá que tomarlas como escalones para la madurez, lo mismo que los fracasos u otros dolores. Las enfermedades pueden ser épocas de crisis que me pueden ayudar para desarrollar mi verdadera personalidad. Tomemos en serio nuestras enfermedades que puede conducirnos a nuestro tesoro, y no que nuestro primer pensamiento sea atajarla con medicinas sin haber llegado a comprender su mensaje. En cuanto a la persona mayor se angustia más, no porque va a morir, sino porque no puede vivir.

Hay que luchar por la salud, sacar fuerza de nuestras flaquezas y ser sanadores de nosotros mismos. Somos saludables si dejamos que nos amen y si sabemos pedir ayuda. Saber aceptar si uno no se cura.

El mejor médico es Jesús porque es sano, saludable, sanador, salvador. Jesús cura con la fe. La fe es terapéutica porque nos lleva a perdonar, aceptar, dar. La fe es auténtica si se tiene caridad. Dios nos quiere sanos, es bueno no aislarse.

Jesús redimió cuando sufrió. Jesús no se sintió abandonado por su Padre, Él se abandonó al Padre.

Jesús, en el sufrimiento, nos ayuda con el Sacramento de la Unción. El sacerdote ora por el enfermo, tanto en la crisis de la enfermedad como de la angustia. Dios se acerca para que no nos desanimemos, para perdonarnos los pecados, para aceptar la enfermedad o curarnos. Jesús sanó a un paralítico después de haberle perdonado los pecados.

³ Sentido cristiano del sufrimiento humano. Carta apostólica. Juan Pablo II

El fundamento de este Sacramento se encuentra en la carta de Santiago 5, 13-16.

¿En qué nos ayuda mirar al Cristo sufriente?

“Si un hombre se hace partícipe de los sufrimientos de Cristo, *mediante su enfermedad*, esto acontece porque Cristo ha abierto su sufrimiento al hombre, porque Él mismo en su sufrimiento redentor se ha hecho en cierto sentido partícipe de todos los sufrimientos humanos. El hombre al descubrir *por la fe*, el sufrimiento redentor de Cristo, descubre al mismo tiempo en él sus propios sufrimientos”. “Quienes participan en los sufrimientos de Cristo, están también llamados, mediante sus propios sufrimientos, a tomar parte en la *gloria*”⁴

Para reflexionar:

1. ¿Experimentaste que una enfermedad puede ser una oportunidad para un cambio interior? Puedes describirlo.
2. ¿Cómo ayuda la fe ante la enfermedad?
3. ¿Qué gracias otorga el Sacramento de la Unción de los enfermos al que sufre una crisis de salud?
4. ¿En qué nos ayuda participar en los sufrimientos de Cristo?

Textos bíblicos referidos a los enfermos y ancianos

- Sant. 5, 13-16
- 2 Cor 4, 16-18
- Fil 2, 27

⁴ Sentido cristiano del sufrimiento humano. Carta apostólica. Juan Pablo II

- 1^a Ped 1, 6-7
- Salmos 6; 30(29); 41(40); 71(70)

JESÚS dio un fuerte grito y MURIÓ

Es una gracia de Dios vivir y esperar la muerte, viviendo, hasta que llegue. Dejémoslos iluminar por un Documento de la Iglesia.

“Aunque frente a la muerte toda imaginación se detiene, la Iglesia, sin embargo, enseñada por la divina revelación, afirma que el hombre ha sido creado por Dios para un fin dichoso más allá de los límites de la miserable vida terrestre. Incluso la muerte corporal, de la que se habría sustraído el hombre de no haber pecado, la fe cristiana enseña que será vencida cuando el hombre sea restituido por el omnipotente y misericordioso Salvador, a la salvación perdida por su culpa. Pues Dios llamó y llama al hombre para que se adhiera a Él con toda su naturaleza en la perpetua comunicación de una incorruptible vida divina. Victoria que alcanzó Cristo al resucitar a la vida, librando al hombre de la muerte con su propia muerte. Así pues, a cualquier hombre que piense, la fe ofrece una respuesta presentada con sólidos argumentos para sus ansiedades sobre el futuro” (Gaudium et Spes” N° 18).

La muerte hoy: Dra. E. Kübler-Ross

“La muerte es todavía terrible y aterradora y el miedo a la muerte es universal. Lo que ha cambiado es la manera de hacer frente a la muerte y al hecho de morir, que no se afronta con tranquilidad”.

“Hoy es más horrible por ser solitaria, mecánica, deshumanizada, la persona no interviene. Sólo quieren “salvarle la vida”. ¿No es un intento desesperado de negar la muerte?”

“Es evidente que el paciente, hoy sufre más emocionalmente. Sus necesidades no han cambiado a lo largo de los siglos, sólo nuestra capacidad para satisfacerlos. Se pone más énfasis en la ciencia y la tecnología que en un trato afectuoso”.

“¿Qué papel ha tenido la religión? Había más gente creyente, que creía en otra vida que lo liberaría del sufrimiento y esperaba una recompensa en el cielo. Hoy se trata de evitar el sufrimiento. Ha perdido su significado”.⁵

Opina también el P. Ignacio Larrañaga

“La palabra muerte, en nuestra sociedad, es una palabra tabú. Para el hombre moderno eminentemente agnósticos, hedonistas y materialistas, la muerte es una brusca interrupción de un gran banquete y por eso mismo, enemiga fundamental de la vida, es el fracaso por excelencia”.

“A este hombre, la muerte le causa pavor, repulsa visceral y contra la cual hay que luchar a brazo partido con todos los medios a nuestro alcance”.

“La sociedad se esfuerza por hacer que la muerte sea anónima, lejana, anecdótica, estadística”.

En tiempos pasados se moría en la propia casa rodeado de familiares. El velatorio y el entierro eran una oportunidad para que conocidos y familiares expresaran afecto y solidaridad. En épocas pasadas la muerte era la culminación de la vida, el momento más solemne e importante de la vida de un hombre. Aún hoy día, en algunos lugares celebran la muerte durante varios días, con pompas en honor del difunto. Hoy la muerte va perdiendo el carácter sagrado”.

“Para el hombre moderno no existe otro mundo sino este que habitamos. Es un paraíso cuyo ideal es: máximo deleite, mínimo esfuerzo y ningún sacrificio. Entonces la muerte hace trizas este paraíso de ensueños y como no lo podemos eliminar vamos a vivir como si ella no existiera”.

“Fuera de la órbita de la fe, no sabemos qué hay más allá de la muerte. Tremendo misterio”.

⁵Sobre la muerte y los moribundos. Dra. Elizabeth Kübler-Ross. Luciérnaga. Barcelona.

“Morir es el acto más solemne y misterioso del hombre, donde en medio de la tragedia resplandece una cierta majestad emanada no se sabe de donde, probablemente de su intrínseca trascendencia”.⁶

La muerte vista desde la fe. Juan Pablo II

“En el contexto de la fe católica, mis pensamientos van dirigidos ahora a todos los ancianos de la Iglesia que, con serenidad y alegría, dan ejemplo de una sincera vida cristiana, y al mismo tiempo manifiestan una profunda valoración del misterio de la muerte humana, que queda radicalmente transformada en el misterio pascual del Señor Jesús”.

“Hoy día es muy importante proteger, en el momento de la muerte, la dignidad de la persona humana y la concepción cristiana de la vida contra un tecnicismo que corre el riesgo de tornarse abusivo”. “El mundo moderno tiene necesidad de aprender a reintegrar la muerte en la vida humana”⁷

¿Qué nos dice la Palabra de Dios?

- Gen 2, 17
- Sab 1, 13
- Rom 5, 12; 5, 17; 5, 20
- Heb 9,27
- Jn 11,25

Preguntémosnos:

- ¿Cómo vemos y sentimos la muerte?
- ¿Qué piensa nuestra sociedad sobre la muerte?

⁶Las fuerzas de la decadencia. Ignacio Larrañaga. San Pablo. 2004.

⁷ Foro Internacional sobre la tercera edad. Juan Pablo II. 1980)

- ¿Qué nos dice la palabra de Dios, los Documentos de la Iglesia y el Papa?

LA PENA DEL DUELO ES EL PRECIO DEL AMOR

Ofrecemos la adaptación de un trabajo realizado por el grupo Pastoral del Duelo – Diócesis de San Isidro

“No se si viviré con tanto dolor”. El amor ha sido fuertemente herido.

Jesús murió y muchos habrán sentido lo mismo, su Madre, sus discípulos, las mujeres que lo acompañaban y todos los que esperaban seguir oyendo sus palabras o ser curados por Él.

- ¿Cómo vivieron ellos el tiempo de duelo?
- ¿Cómo lo vivimos nosotros?

Ellos habrán recurrido al consuelo y nosotros también. Pero solemos usar frases como “el tiempo todo lo cura”, “ya no sufre más”, “tienes muchos que te quieren”, “debes distraerte”.

Nadie puede sentarse a esperar que el tiempo cure la herida de una muerte. Hay que usar el tiempo para curarse.

Ellos recurrieron a la oración frecuente poniéndose en silencio ante el Señor y dejándose consolar por Él. Ellos valoraron su fe, para creer a Dios que nos prometió la vida eterna.

El fruto del duelo es encontrar nuevamente el sentido de la vida.

A veces queremos salir rápidamente del dolor y no se puede. Tenemos que darnos tiempo para cuidar y sanar la mente y el corazón.

¿Cómo podemos acompañar al que transita una situación de duelo?

1°. Aceptar que la persona está muerta, que es una realidad que no puedo quitarla.

Para reflexionar: 1° Reyes 19, 4-7

2°. Aceptar que la vida ha cambiado radicalmente. Se siente angustia, miedo, culpa, arrepentimiento pero hay que decidir vivir para los vivos. Saber que termina una vida, pero no el amor, porque el amor está más vivo que nunca.

Para reflexionar: 1° Cor 13, 8-13

3°. Aprender a vivir día a día. Antes del duelo se vivía a largo plazo, con proyectos e ilusiones, ahora planificando cada hora, e ir tomando pequeñas decisiones que nos despierten. Aceptar seguir viviendo y no que me acostumbro a sobrevivir.

Para reflexionar: Mateo 6,34

4°. Aceptar estar alegres. La alegría ayuda a descansar del dolor. Al estar mejor, no se está traicionando el amor por quien ha muerto, estoy amando mejor y en más libertad.

Para reflexionar: Ecl 3, 1-4

5°. Abrir el corazón, recordar y compartir para poder aceptar el momento que estamos atravesando. Hacer saber a los demás que el hablar no aumenta la pena, que no es necesario que desvíen la conversación. Hablar

siempre alivia, encauza y ordena la pena, serena la mente y el corazón.

Para reflexionar: Ecl 7, 2

6°. Dejarse amar, aceptando que el amor humano es imperfecto. La gran tentación en el duelo es el aislamiento, quedarse encerrado en su dolor.

Para reflexionar: Mateo 18, 3

7°. Perdonar a quien se murió. Sin un tiempo para el perdón puede instalarse un sentimiento de culpa o resentimiento que entorpece el proceso de duelo. Se trata de conocer y aceptar nuestra historia con aciertos y fracasos y de no juzgarnos duramente porque produce desánimo. La sanación se nos dará cuando nos abandonemos al amor de Dios.

Para reflexionar: Lucas 5, 22-26

Lucas 6,36-38

8°. Desahogarse con el Señor. Hay un tiempo en el duelo en el que cuesta ubicarse en el mundo, sintiéndose solamente comprendido por los que pasan por la misma situación. El dolor puede cegar y convertirnos en víctimas.

Cuando logremos expresar nuestra aflicción con paz y humildad, nos ahorraremos sufrimientos inútiles y sentiremos la promesa de las consolaciones divinas.

Para reflexionar: Mateo 5, 4

Salmo 86(85) 1-13

9°. Creer que la muerte no procede de Dios. A veces se cree que la FE va a protegernos de nuestras desgracias. Como esto no es así, suele encontrarse una explicación al dolor diciendo: "Dios lo ha querido". No es verdad, la muerte no procede de Dios, nunca la ha querido. Él es un Dios de vida y amor, por eso no quita la vida, sino que la "da". Jesús frente a la muerte nos dice: "no temas, basta creer". La fe te asegura el reencuentro, no elimina el sufrimiento sino que lo transforma, dando sentido a nuestras vidas.

Para reflexionar: Juan 11, 25-26

10°. Volver a comenzar. La muerte de una persona querida tiene el efecto de liberar esta parte de sí que nunca fue vivida.

El gran trabajo del duelo no es enfrentarse con la muerte sino confrontarme con mi vida. Seguramente había muchos aspectos que desarrollar. Hay que volver a comenzar porque ya nada será igual que antes y nuestra vida puede ser más humana, plena, solidaria, esperanzada y más madura en la fe.

Esta es la recompensa que nos espera después de haber intentado seguir caminando, pese a todo.

Para reflexionar: Salmo 125, 6

Bibliografía:

- *Cuentos para elaborar el duelo.*
Mateo Bautista
Ed. San Pablo

CREO EN LA RESURRECCIÓN DE LOS MUERTOS Y EN LA VIDA ETERNA

El anciano está en la espera del paso a la eternidad.

"Estar más allá del tiempo, es sin duda, un eco de anhelo del hombre por vivir para siempre y de mejor manera.

El que vive según las exigencias de su fe no envejece de cualquier manera sino "en el Señor, porque se siente ciudadano del cielo, de donde espera como Salvador, al Señor Jesús, el cual transfigurará este miserable cuerpo en un cuerpo glorioso como el suyo, en virtud del poder que tiene para poner todas las cosas bajo su dominio (Flp. 3, 20-21)

Por eso todo lo que pueda hacer o realizar lo hace siempre en nombre del Señor Jesús, dando gracias por Él a Dios Padre (Col 3, 17), es decir en "clave de eternidad", encara su vida, no abandonándose en la muerte, sino abriéndose a una vida superior. Esto exige una preparación a la eternidad plena o sea a la resurrección. La ancianidad sería como la "sala de espera", aguardando el abrazo definitivo con ese eterno Amante Dios".

(El encanto de la ancianidad. P. Enrique Fabri S.J.)

- *Se teme a lo desconocido. ¿Cómo resucitan los muertos? ¿Con qué clase de cuerpo?*

San Pablo nos acerca alguna luz

"Hay cuerpos celestes y cuerpos terrestres y cada uno tiene su propio resplandor: uno es el resplandor del Sol, otro el de la Luna y otro es de las estrellas... Lo mismo pasa con la resurrección de los muertos: Se siembran cuerpos corruptibles y resucitan incorruptibles; se siembran cuerpos humillados y resucitan gloriosos; se siembran cuerpos débiles y resucitan llenos de fuerza; se siembran cuerpos puramente naturales y resucitan cuerpos espirituales" (1 Cor 15, 40-44)

Los resucitados viven una nueva realidad. Pablo declara: "ni ojo vio, ni oído oyó, ni hombre alguno ha imaginado lo que Dios ha preparado para los que aman" (1 Cor 2, 9) "...sufrimos con Él para ser glorificados con Él" (Rom 8, 17). "Alégrese en la medida que puedan compartir los sufrimientos con Cristo; así cuando se manifieste su gloria, ustedes también desbordarán de gozo y de alegría" "El que cree en el Hijo tiene vida eterna" (Jn 3, 36). "Nosotros sabemos que aquél que resucitó al Señor Jesús nos resucitará con él y nos reunirá a su lado junto a ustedes" (2 Cor 4, 14). "Aunque nuestro hombre exterior se vaya destruyendo, nuestro hombre interior se va renovando día a día. Nuestra angustia que es leve y pasajera, nos prepara una gloria eterna, que supera toda medida" (2 Cor 4, 16-17). "Esta es la voluntad de mi Padre que el que ve al Hijo y cree en él, tenga Vida Eterna y que yo lo resucite en el último día". "El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna y yo lo resucitaré en el último día" (Jn 6, 40 y 54). "...haciéndome semejante a él en su muerte espero llegar a la resurrección de los muertos" (Flp 3, 10)

En la resurrección el hombre se hace inmortal, incorruptible, impasible. En el Salmo 16 dice "no dejarás a tu siervo sufrir la corrupción". En el libro de la Sabiduría 2, 23 "Dios creó al hombre para que fuera incorruptible y lo hizo a imagen de su propia naturaleza".

Jesús tuvo un interesante diálogo con los saduceos sobre la resurrección de los muertos. Estos lo pusieron a prueba porque niegan que los muertos resuciten "...serán como ángeles y serán hijos de Dios por haber resucitado". (Lc 20, 24-40)

PARA LA REFLEXIÓN

No se inquieten. Crean en Dios y crean también en mí.

En la Casa de mi Padre hay muchas habitaciones;

si o fuera así, se lo habría dicho a ustedes.

Yo voy a prepararles un lugar.

*Y cuando haya ido y les haya preparado un lugar,
volveré otra vez para llevarlos conmigo, a fin de que donde yo
esté, estén también ustedes.*

1. *¿Qué conocías o desconocías de este tema?*
2. *¿Qué descubriste que iluminará tu vida de todos los días?*
3. *¿Te entristece hablar de estos temas, o encuentras consuelo en las promesas del Señor?*

Si esta propuesta te sirvió para valorar más aún la vida que Dios te regaló, te propongo, como final, orar con el texto de Apocalipsis 21, 2-4.